

*EJEMPLO DE CERVANTES Y DE DON VASCO DE QUIROGA**

Morelia celebra hoy la fundación de la antigua Valladolid. Y, para festejar tan feliz acontecimiento, el Gobierno del Estado de Michoacán decidió instalar en este jardín dos estatuas que son dos muestras del aprecio de nuestro México a la inmortal vocación de España. Porque los hombres que representan –aunque nimbados por la luz diversa en los escaños rígidos de la gloria– encarnan ambos nítidamente lo mejor de esa vocación, que fue siempre, en las grandes horas, dádiva intrépida de sí misma, amplitud de vigor humano, valentía sincera de las ideas en las empresas del pensamiento y, en las empresas de la conducta, valentía patética de la acción.

Pocos actos podían afirmar con mayor aliento el apego de nuestro pueblo a la fuente latina de su cultura y al idioma soberbio que la interpreta, como este acto en el que rendimos un homenaje de admiración al educador que esparció la semilla del castellano entre los indios de la Colonia, y al poeta que en esa lengua reveló al mundo la esencia del alma hispánica: su idealismo, tajante y claro cual una espada, y, también, su sencilla honradez ante la verdad de los seres, de los sucesos y de las cosas.

EMOCIÓN DE ESPAÑA

Para que nada faltase al cuadro, las fechas mismas que delimitan las biografías de los dos hombres simbolizados en estos bronceos ciñen el tiempo de la más alta emoción de España. 1470, el año en que, se supone, nace Vasco de Quiroga. Y 1616, el año en que muere Cervantes. En ese lapso, de poco menos de siglo y medio, ¿qué aventuras no intentan los españoles? Con Cristóbal Colón o con Sebastián Elcano, sus carabelas van agrandando los mares, en tanto que, con Garcilaso y Lope de Vega, sus plumas van ahondando la poesía, así como sus

* *Celebración del 406° aniversario de la fundación de Morelia, Mich., 18 de mayo de 1947. Se publicó en Educación y concordia internacional. Discursos y mensajes (1941-1947), El Colegio de México, México, 1948, pp 101-105.*

artistas, sus pensadores y sus guerreros van ensanchando las márgenes de la historia.

Del encuentro de aquella España, levantada en lo más rotundo de la ola magnífica de la suerte, con el mundo mágico y prodigioso que habitaban los pueblos americanos, iba a surgir, en nuestro país, esa realidad que llamamos México: patria profunda que, por profunda, vamos descubriendo mientras la hacemos; patria nacida –como todos los grandes hechos– entre ríos de lágrimas y de sangre; patria que nunca dimitirá de sus tradiciones y cuya fuerza de persistencia no podrá residir jamás en el odio suicida con que otros pueblos quieren borrar de sí mismos alguna huella de su linaje, sino, al contrario, en la magnanimidad con que ligue todos los elementos, indígenas y europeos, que lucharon por dominarse y que hubieron de conjugarse para vivir.

Faros de esa difícil conciliación, por distintos títulos, fueron las dos figuras que Morelia reúne en este lugar. Uno, el fundador de hospitales y de colegios, pasó entre lanzas, entre las lanzas de la Conquista, acariciando –sobre la frente de los vencidos– el amanecer de la próxima redención. El otro hizo de su obra un consuelo perpetuo para los hombres y, a través de los siglos, nos ha enseñado que no hay extremos que no acaben por comprenderse, pues ni siquiera el extravío de Don Quijote, vértice del delirio en la mística trágica de la acción, agotó la indulgencia de Sancho Panza, rústico proverbial, entre el abejero de cuyos plácidos aforismos no deja nunca de adivinarse la miel del afecto humano.

DON VASCO Y CERVANTES

Imaginemos, por un minuto, el aspecto de Europa en los tiempos de Vasco de Quiroga o de Miguel de Cervantes. Las bases del feudalismo no han desaparecido completamente; pero principian a destruirse bajo el embate de un nuevo sistema político, económico, científico y cultural. Por comparación con el hombre de la Edad Media, que era, ante todo, el profesional de una servidumbre –la servidumbre del señor en el campesino, la del oficio en el agremiado y la del blasón en el caballero–, el hombre renacentista ha podido hallar, lo mismo en la paz de las bibliotecas que en la ansiedad de las búsquedas arqueológicas, algo más importante que un libro excelso o que un torso de mármol mediterráneo. Ha creído encontrar, al fin, el tipo de una ambición de fórmula universal.

EJEMPLO DE CERVANTES Y DE DON VASCO DE QUIROGA

Al trasluz de los palimpsestos o entre las lápidas de las tumbas, los anteojos del humanista y las piquetas del excavador han descubierto un indicio trémulo y venturoso: la promesa de un mundo hecho no para comprimir y angustiar al hombre, sino para libertarlo y estimularlo.

Misionero de esa promesa fue el insigne varón a quien nuestros indios llamaron padre, por la tarea evangélica que se impuso. Y, años más tarde, ¿qué fue Cervantes, sino un augurio de esa igualdad y esa libertad que suscitaron, después, nuestra independencia?

Sin alardes, sin vehemencias, sin manifiestos, la creación de Cervantes iba a tener que vencer la estructura dinástica e imperial del orbe español que la recibía, primero como deleite, y luego, sin darse cuenta, como inquietud.

Calificar de precursor de la democracia de nuestro tiempo parecería retórica paradójica. Y, sin embargo, si algún guía del pensamiento demostró la solidaridad de la inteligencia con lo más elevado –y también con lo más humilde– de todo el hombre, ese guía del pensamiento fue aquel que supo eternizar la antítesis del Quijote y, junto con ella, el concepto del diálogo varonil que divide nuestra conciencia en dos arduas zonas: la que oye el gemido del viento contra las aspas de los molinos, y la que escucha, sobre las piedras, el compás de los lentos cascos del rucio.

Donde otros eligen –esto es, referente, y, por tanto, en el fondo, desdeñan lo que no exaltan–, Cervantes ama. Es decir, perdona. Y perdona porque comprende. Y sonríe porque perdona... Ahora bien ¿no es ése –esa equidad cervantina– uno de los dones más luminosos que España hizo al advenimiento moral de la democracia?

¡Democracia y latinidad! Tantas falsas teorías de imperialismo han pretendido erigir los usurpadores sobre el cimiento de lo latino que, al unir estas dos palabras –democracia y latinidad–, nos sobresalta un escrúpulo inevitable: el de recordar la jactancia con que los déspotas, todavía recientemente, intentaron oponer a la dignidad del hombre, como capacidad de superación y de independencia, el concepto mendaz de raza, como base de predominio o como fatalidad en la esclavitud.

CULTURA Y RAZA

No son, por cierto, esas teorías –que buscaban hacer del color una calidad, de la sangre un fuero y de la forma del cráneo una ejecutoria– las que invocamos en esta hora, frente a hombres como Don Vasco de Quiroga y como Cervantes. Nos hemos negado insistentemente a la admisión de cualquier racimo. Pero ¿cómo podríamos ignorar las relaciones que enlazan a nuestro pueblo con todos los otros pueblos hermanos por la latinidad en el pleno supremo de la cultura? Esa cultura es para nosotros un ejemplo y un testimonio. Testimonio y ejemplo tanto más gratos cuanto que no los miramos los mexicanos como el producto de una herencia biológica irrevocable sino, más bien, como el resultado de una libre elección del ánimo y –casi podría agregarse– como la recompensa de nuestra propia y recóndita evolución.

La historia nos ha enseñado que la única jerarquía espiritual discernible a los hombres y a los Estados deriva de su aptitud para ser más justos, más generosos y más auténticos, o –para definirlo con otros términos– del entusiasmo con que se entregan al perfeccionamiento de su persona o de su país, dentro de un concurso en que la civilización no sería nada si no implicase un anhelo perenne de libertad.

Ante presencias inalterables, como las de Cervantes y Vasco de Quiroga, y, sobre todo, al reflexionar en la convicción que sus obras y sus acciones nos infunden cuando tratamos de defender la universalidad integral de la inteligencia, advertimos una vez más el error de quienes –como el filólogo de Sajonia– tuvieron la audacia de sostener que los pueblos son los rodeos que da la naturaleza con el propósito de llegar a la elaboración de unos cuantos genios. ¿No demuestran ellos, por el contrario, que los hombres se ilustran, precisamente, por el valor con que aciertan a descubrir las rutas que abre la historia para la mayor cohesión de la especie humana?

En una época agobiada por la simulación de la paz tanto al menos como en la guerra por el espectáculo de la muerte, volvemos a nuestros héroes. Porque son héroes –y héroes actuales de nuestra Patria– todos los que supieron manifestarse como héroes de la cultura de nuestro idioma, como héroes de nuestra verdad y de nuestros sueños. De ahí que en esta Morelia de Morelos, las estatuas de Cervantes y de Don Vasco tengan un sitio tan natural como aquél que ocupan el talento del uno y la ternura del otro en la intimidad de nuestro corazón. Fue nuestro el uno por la consagración de su vida y por la virtud. El otro nos pertenece, como a todos los hombres, porque vivió para adiestrarnos a respetar, con equidad incontrovertible, todas las circunstancias del ser humano, en sus ascensos y en sus caídas, en sus atrevimientos y en sus zozobras, en su ambición soberana de triunfo y gloria, y en sus modestas aspiraciones de quietud, de penumbra y de bienestar.